

# UNAMUNO ANTE LOS POPULISMOS EXTREMOS DE LA REPÚBLICA

## *UNAMUNO IN THE FACE OF THE EXTREME POPULISMS OF THE REPUBLIC*

Eduardo PASCUAL MEZQUITA

Catedrático de IES

*epmezquita@hotmail.com*

Tenemos que liberarnos –y libertarnos– de facciosos de derecha, de izquierda y de centro, de inventores de dogmas, de falsificadores de la Historia, de inquisidores y de definidores<sup>1</sup>.

Tras este planteamiento inicial es difícil aventurarse a interpretar / catalogar cualquier aspecto de la rica y variopinta postura política de don Miguel de Unamuno, procurando no sistematizarle y evadiendo toda dogmatización. Aun así, de lo que aquí se trata es de desenmarañar / aclarar cómo vivió, y qué sentimiento provocó en él, la cada vez más polarizada hostilidad de los que hoy podrían denominarse *populismos extremos* de la II República española. Época a que intentaré ceñirme aquí; y siempre a la luz de los textos, conferencias, cartas... del escritor vasco-salmantino; es decir, desde el 14 de abril de 1931 hasta el último día de 1936, el último de don Miguel. Vertebraré este difícil / apasionante tema ajustándolo a seis relevantes puntos:

- Guerra civil y guerra in-civil.
- Dialéctica *alterutra*.
- Dos bandos *-hunos y hotros-* en guerra cada vez más in-civil.
- El hombre de carne y sangre.
- Causas de la degeneración mental.
- Desengaño político existencial. Mineralidad del pueblo.

## 1. GUERRA CIVIL E INCIVIL

Como es sabido, Unamuno no profesaba una filosofía lógico-conceptual, sino una filosofía del sentimiento poético: una visión preexistencialista de la realidad con tintes tardo-románticos en línea con el pensamiento vanguardista del último tercio del siglo XIX y el primero del XX. Por todo ello, podría muy bien ser considerado como un claro precedente de la filosofía existencialista heideggeriana, precedente del movimiento personalista francés y un claro precedente de la filosofía postmoderna contemporánea. Desde estos planteamientos iniciales y la repulsa de todo dogma definitorio, creo adecuado comenzar por el talante dialéctico / contradictorio de Unamuno y su especial visión del concepto general de guerra civil. No como un evento destructivo / aniquilador, sino, anteponiendo a los graves daños que puede acarrear, el hecho de que la guerra también es un elemento constructor de conciencia civil, de fraternal cohesión social; pues, gracias a ella, el pueblo adquiere el sentido espiritual de una misma patria común, con alma propia. Continuador en esto más de Heráclito y Schopenhauer que de Hegel, la guerra es para Unamuno motor de las fuerzas *poiéticas* / creadoras, que espolea y evita el que los pueblos se aislen y se adormezcan, más o menos complacidos, en su propio estancamiento. Son muchos los textos y discursos unamunianos que elogian la guerra civil, *civil de veras*, percibida como lucha incruenta, fomento de sociedad, incremento de civilización que reúne a todo un país en una *fecunda patria*. Lucha, sí, en cuanto *cada uno* –sea un individuo, un grupo o un pueblo entero– trata de afirmarse, imponerse y dominar al otro; pero sin anularle, pues sabe que ese *cada uno* –su ser propio– depende ónticamente del otro; y no puede ser lo que es sin la presencia y la interacción del otro; dado que todo su ser es y se hace en dialéctica con el otro, dentro y fuera de la lucha. Una acepción positiva de la guerra, al hablar del sentimiento de solidaridad humana, que Unamuno había plasmado sin ambages en *Del sentimiento trágico de la vida*:

Como suele haber mucha más humanidad en la guerra que no en la paz. La resistencia al mal implica resistencia al bien, y aun fuera de la defensiva, la ofensiva misma es lo más divino acaso de lo humano. La guerra es escuela de fraternidad y lazo de amor; es la guerra la que, por el choque y la agresión mutua, ha puesto en contacto a los pueblos, y les ha hecho conocerse y quererse. (VII, 273)

En la guerra suele percibirse destrucción, un cruel e incivil enfrentamiento entre grupos o pueblos adversarios que no pueden establecer un verdadero diálogo en paz; pueblos que se resisten a lo que consideran perjudicial; pueblos que prefieren invadir lo otro / ajeno en beneficio propio. Para Unamuno, sin embargo, con la rebeldía, la invasión, la lucha... se abre una relación dialéctica enriquecedora y un fecundo florecimiento mutuo. De ahí, el recuerdo tan positivo de cómo vivió –antes de los 10 años– la tercera guerra civil carlista (Bilbao, 2 de mayo de 1874); allí, según reitera él mismo, empezó a tomar / sentir conciencia civil, a sentir la patria «en plena guerra civil» y sentir «la paz como fundamento de la guerra, y la guerra como fundamento de la paz». Un modo de sentir, a mi entender,

bastante inocente, romántico, e incluso mítico, de la guerra civil, pues, según cuenta en *El resentimiento trágico*, las bombas (que cayeron cerca) no mataron a nadie, ni percibió odio entre los dos bandos<sup>2</sup>:

[Yo] llevaba adelante –decía en 1935– [...] una labor de comprensión y de consentimiento y de convivencia aun en medio de la guerra civil que es el estado íntimo y fecundo de nuestra España. En él se mecieron mi niñez y mi mocedad; surgió mi conciencia civil al sentir nacer en mí la patria cuando nos bombardeaban en mi maternal Bilbao liberal los carlistas<sup>3</sup>.

Una mitificación de la lucha civil que se refleja, además, en la favorable lectura con que él apreciaba las principales guerras civiles de cada nación con historia propia; las veía tan necesarias como imprescindibles a la hora de formar la unidad nacional y la auténtica política; una política donde los diferentes bandos *luchan* cívicamente e interactúan buscando el bien común. Llegó a considerar muy acertada la acepción de Romero Alpuente, según la cual, la guerra civil es «un don del cielo»; y cifró su origen –siguiendo el relato bíblico– en la edificación por parte de Caín de la primera ciudad, Henoc, después de haber matado –por envidia– a su hermano Abel:

«La historia del género humano es la guerra», escribía [...] W. Churchill. Lo que nos recordó aquello otro de Treischke de que la guerra es la política por excelencia. Y lo de nuestro Romero Alpuente, el «comunero» de hace un siglo, de que la guerra civil –o la revolución, que es igual– es un don del cielo [...] Y en ella, en la mítica y simbólica ciudad de Henoc, empezó a organizarse la masa, a amurallarse, a someterse al mando de un jefe, de un mandón, cacique o déspota. Y a someterse para organizar batidas, guerras, revoluciones. ¿Y qué es lo que le lleva a plegarse a disciplina bélica?, ¿Hambre?, ¿gana de gloria?, ¿de libertad?, ¿de justicia?, ¿o qué? En el fondo, envidia, el sentimiento de masa, macizo, democrático, que lleva al hombre a doblegarse a servidumbre, el resorte de la servilidad. Y da vivas a las cadenas, y si rompe unas es para forjar con sus eslabones otras<sup>4</sup>.

Unamuno considera aquí que es la envidia la que impulsa la organización bélica de los bandos y ciudades para enfrentarse a otros grupos / sociedades. La envidia estaría así bajo la «insociable sociabilidad» –en expresión de Kant– como un don natural de la especie humana por el que la guerra hallaría su paradójica explicación dentro de la propia naturaleza social del ser humano; o sea, un necesario correctivo al organicismo social de los aristotélicos. Según Unamuno, el hambre, las ganas de gloria o de libertad no son los que, en la historia de la humanidad, causan la guerra –incluidas las guerras civiles–, sino la envidia que comenzó, según el relato bíblico, en Caín y en la ciudad de Henoc. Y si la beligerancia es un rasgo intrínseco a la ciudadanía, esta –movida por la envidia– se enriquece en su confrontación dialéctica con otros grupos / ciudades: empezó con el choque entre los *cainitas* y los *abelitas* / agricultores (un grupo, este, bastante atípico por su escasez de lazos sociales, pero imprescindible para que se iniciase el enfrentamiento) e, inmediatamente, la lucha se prolongó también contra otras

ciudades, fortalezas... Lo que, en la mentalidad de Unamuno, favoreció el avance en civilización, o sea, en organización civil, social, cultural, política, etc. Retoma así la visión constructiva / generadora de iniciativa y riqueza que el propio Heráclito atribuía al devenir de la guerra, «padre de todas las cosas». Ahora bien, el mito de la guerra en el pensador de Éfeso parece depender de una especie de Hado sobrehumano, un Logos que coordina el conjunto material bajo la unidad de la *physis* y un único *arché*, mientras para el rector salmantino la guerra, además de arrancar de la envidia, depende de otros factores unificadores mucho más psíquicos, sociales e incluso espirituales: el lenguaje –y en su seno, toda la filosofía, la historia y la religión de un pueblo–; la patria; la tradición eterna intra-histórica... Y el pensamiento de Dios, soñándola desde otro nivel<sup>5</sup>.

Todas estas sombrías reflexiones –concluye don Miguel– sobre el lecho tenebroso de la sociabilidad civil humana, de nuestra Henoc, me las he hecho no sé bien desde cuándo, acaso desde que tenga uso de razón civil, que me apuntó en medio de una fratricida guerra civil –toda guerra es civil y arranque de civilización–; pero se me han enconado ahora en que se encona la lucha [...] [Pero] hay que vivir en sociedad y perpetuarla, y para ello hay que vivir –terrible sino!– envidiado y envidioso. (VII, 1095)

Por tanto, la visión de *guerra civil* –salvo contadas ocasiones en que la aceptación habitual optimizaba la comprensión de otro planteamiento– no tenía, en don Miguel, un sentido destructivo, aniquilador. Llegó a decir que la guerra civil es «la más noble y fecunda de las guerras, la única digna»<sup>6</sup>; pues, fruto de la dialéctica entre hermanos, se construye la unidad espiritual en una sola patria o nación. Y además, después de un *auténtico* enfrentamiento civil nada importante o imprescindible logra abatirse, sino solo aspectos materiales / artificiales que en poco o nada afectan en la conciencia cívica y el lenguaje del pueblo en cuestión. Ahora bien, la *guerra civil* puede devenir bárbara, sangrienta, cruel, despiadada, inhumana...; es decir, puede hacerse *in-civil*. Un necesario correctivo a su mítica visión –un tanto ingenua e infantil– que el propio Unamuno no llegó a enmendar hasta bien entrada la *Guerra Civil española*. Demasiado tarde, a mi entender.

Así, al cumplir sus 70 años, en su *Última Lección Académica*, se dirigió a los jóvenes estudiantes universitarios, delante de las autoridades políticas –nacionales y locales–, educativas, religiosas, pidiendo que se frene el gran número de «insensateces» regidas por bajas pasiones, así como los «sucios estallidos de resentimiento». Justo lo que va a denunciar dos años más tarde –otoño de 1936– en las anotaciones de *El resentimiento trágico*.

Vosotros, estudiantes españoles, que os ejercitáis en la investigación científica, histórica y social, en la dialéctica –escuela de tolerancia y de comprensión de la concordia final de las discordias; de la coincidencia de las oposiciones que dijo el Cusano–, vosotros tenéis que enseñar a vuestros padres –a nosotros– que esa marea de insensateces –de injurias, de calumnias, de burlas impías, de sucios estallidos de resentimientos– no es sino síntoma de una mortal gana de disolución. De disolución nacional, civil y social. Salvadnos de ella, hijos míos.

Os lo pide al entrar en los setenta años, en su jubilación, quien ve en horas de visiones revelatorias rojores de sangre y algo peor: livideces de bilis. Salvadnos, jóvenes, verdaderos jóvenes, los que no mancháis las páginas de vuestros libros de estudio ni con sangre ni con bilis. (IX, 453)

A la semana siguiente –poco antes de los sucesos de Asturias– Unamuno comenta la *guerra incivil* que, según él, se extendía contagiosamente por toda España. Era como si, al profetizar negros augurios, quisiese propiciar la correcta reacción de todos, y remediar, de una vez, la creciente polarización política o, mejor, a-política de muchos grupos juveniles cargados del virus del fanatismo. Un planteamiento teórico, fruto de su hermenéutica social a la acuciante pregunta *Y después, ¿qué?*:

Estamos viviendo en una *guerra-civil incivil*. Se habla de desencadenamiento de pasiones. ¿Pasión? Más bien insensatez. Y hasta locura. Una verdadera epidemia. Y más que de locura, de demencia. De deficiencia mental. Tengo que repetirlo, una vez más: la gente físicamente, corporalmente joven, está volviéndose psíquicamente, espiritualmente, pueril. Pero de la peor puerilidad; de una puerilidad morbosa [...] Esos párvulos de veinte años que extienden el brazo en una u otra actitud, con mano abierta o con puño cerrado, se uniforman y se dedican a unas y otras pantomimas, son sencillamente enfermos mentales. Y sus pasiones las peores pasiones de la niñez retrasada<sup>7</sup>.

La solución que propone contra el creciente fenómeno de extrema polarización, denunciado en este artículo de 1934, es una solución de auténtica política socioliberal, la que él mismo llevaba predicando desde tiempos de la Gran Guerra con el nombre de *alterutalidad*.

## 2. DIALÉCTICA ALTERUTRAL

La *política alterutal* es uno de los conceptos más ricos del ideal político unamuniano, un ideal fruto de su esfuerzo dialéctico de raíz liberal, en contra de posiciones sociopolíticas rígidas y el fenómeno de la polarización. *Alterutalidad* –explicaba él mismo– viene del latín «alteruter», que quiere decir «uno y otro» al mismo tiempo. La postura *alterutal* no se sitúa, ni pretende, comprender a un bando desde la óptica del lado opuesto / enemigo. Tampoco debe entenderse como una supuesta postura neutral, postura muy criticada por Unamuno, y no solo durante el periodo de la Gran Guerra, donde reiteradamente recaló que la supuesta neutralidad oficial española era falsa, ridícula e infructuosa, sino también, a lo largo de toda su carrera cuando, p. ej., le pedían hablar de la neutralidad de un crítico teatral o la neutralidad de un profesor ante la parte discente. Para él, la neutralidad sobre un asunto humano no es más que algo teórico, tan abstracto como irreal.

La política *alterutal* no se identifica, pues, ni con opuesto ni con neutral, sino que defiende de forma efectiva las dos partes en conflicto, conviviendo, con-sintiendo, comprendiendo e incluso aunándolas a ambos brazos, sin echar por la

borda la intrínseca oposición que hay entre ellas. Hay que «estimar las razones y los sentimientos del adversario» como propios. «Y nada de machacarle ni de anonadarle, y ni vetos ni exclusiones» (IX, 460). Y es que ninguna posición desaparece definitivamente; y aunque se produjera el hundimiento de una de ellas, nunca desaparecería tal dialéctica, sino que la parte caída resurgiría renacida en la parte vencedora, donde aquella –la caída– se reconocería también de algún modo victoriosa, reanudándose –y afirmándose de nuevo– la oposición dialéctica como un aspecto esencial, permanente e irrenunciable del ser de cada bloque y de todo el conjunto social o el pueblo en su totalidad:

Pues ¿qué es eso de anonadar al adversario o de disolverlo? Si una parte –comunión, partido o como quiera llamársela– anonadara a su adversaria, la disolviera, resurgiría ésta en ella misma y con ella la civilizadora guerra civil, don del cielo. En cuanto un combatiente devora al otro lo siente dentro de sí. Los que hemos estudiado con la pasión de la verdad nuestra guerra civil en la forma que tomó en el siglo XIX sabemos cómo alentaba liberalismo en las entrañas del carlismo y alentaba carlismo en las del liberalismo. Y patriotismo en ambas<sup>8</sup>.

La *alterutalidad* es, pues, el ideal político en el que debe asentarse toda auténtica política que se precie de tal; podría situarse a caballo entre las *ideas reguladoras* del criticismo kantiano y la *utopía* de E. Bloch. Con todo, es una utopía de muy difícil realización; Unamuno, de hecho, no fue *alterutal* cuando, en lugar de intentar entender convenientemente, atacó las directrices de los últimos gobiernos de la República española; no lo fue cuando sus acciones y prédicas alentaron, de *facto*, las tesis que nutrieron la sublevación militar (sobre todo, tras volver de Inglaterra con el título de Doctor Honoris Causa, en marzo del 36; y hasta su enfrentamiento al general Millán Astray en el famoso acto del Paraninfo); es más, en sus escritos del primer semestre de la Guerra Civil española estigmatizó a los bandos contendientes con el epíteto de los *hunos* y los *hotros*; y tampoco lo fue en su crítica –individual más que política– al presidente de la República<sup>9</sup>.

Incluso él mismo, en 1935, al ser nombrado ciudadano de honor de la República, había reconocido abiertamente lo utópico que resulta ser *alterutal*:

Y quiera Dios que me dicta este mi cristiano evangelio de guerra en la paz y de paz en la guerra [...] que cuando tenga yo que tomar la causa de uno o de otro partido –neutral no se debe ser, y *alterutal* no es, por desgracia, siempre hacedero–, logre dominar la desordenada pasión de justicia que a injusticia lleva. (IX, 461)

### 3. DOS BANDOS –HUNOS Y HOTROS– EN GUERRA CADA VEZ MÁS IN-CIVIL

Desde que arrancó a confeccionar su novela histórica *Paz en la guerra*, Unamuno trató de entender y con-sentir con la mejor empatía los motivos y la *querencia* de quienes luchaban a ambos lados de la contienda. Resulta evidente que no siempre «le fue hacedero» en la batalla político-social que le tocó vivir.

Eso sí –en consonancia con el texto inicial del presente trabajo– no solo se manifestó contra las posiciones dogmáticas, cerradas, sino que en multitud de ocasiones defendió la contradicción; pues, ampliando en esto la filosofía nietzscheana, la contradicción es parte de la vida, individual y socialmente considerada (v, 1160).

Por otro lado, hay que matizar que la vieja división en dos bandos, «dos Españas» siempre en irreconciliable enfrentamiento, no fue algo exclusivo de la Segunda República; como tampoco lo fue el subyacente concepto de la «anti-España». Ni siquiera, según señala Cacho Viu, fue una dicotomía exclusiva de nuestro país, sino algo común a muchas naciones del entorno europeo, donde también se hablaba de *las dos Inglaterras, las dos Francias, las dos Italias*<sup>10</sup>...

Hacia finales del siglo XVIII, la distinción de las *dos Españas* adquirió el sentido semántico que le va a imprimir el bando tradicionalista durante mucho tiempo: se pretendía afincar a la patria en los valores del pasado medieval y la época de la gloria militar, frente a un movimiento liberal con tintes jacobino-ilustrados al que se satanizaba como el peor enemigo de la patria.

Esta distinción prevaleció con diferentes variantes, hasta bien entrado el siglo XX, junto al concepto de la *anti-España* bajo la *castiza* pluma del nacionalismo católico y escritores tradicionalistas como Menéndez y Pelayo, Donoso Cortés, Balmes... El prefijo *anti* actuaba como estigma social. Trataban de impedir que las «ideas invasoras y traidoras» siguiesen poniendo en peligro su concepto de *patria* y el *catolicismo español*, esencialmente indisolubles, a su entender, de la que denominaban –antes que el primer Unamuno– *la España eterna*<sup>11</sup>.

Al final, dentro de la *anti-España* tenía cabida un amplio grupo de lo más heterogéneo: por un lado, los krausistas de la Institución Libre de Enseñanza; y, por otro lado, un disconjunto racimo donde entrarían los socialistas, los anarquistas, los comunistas..., sin olvidar a los masones. Lo cierto es que la dicotomía bipolar de ambos bandos aumentó vertiginosamente a partir del bienio conservador (noviembre de 1933), una situación que amagaba con alcanzar los puntos más extremos: por un lado, el fascismo alemán e italiano emergían con potencia social, y, en progresión geométrica, incrementaban adeptos en importantes países europeos; afín a ellos, el bando de los tradicionalistas, «los políticos católicos vaticanistas», pretendían evitar que España quedase abocada al desastre más espantoso, si esta caía en manos de los pregoneros de la revolución bolchevique y la lucha de clases; pues los *hunos* –o sea, quienes formarían en 1936 el *Frente Popular*– solo podrían aportar más desorden, más desunión, y mayor quiebra económica<sup>12</sup>. Por otro lado, «los políticos laicizantes» de la *izquierda española* –que había sufrido un fuerte desgaste político, imputándoseles el retroceso económico del país entero– consideraban que dar el timón a los «*hotros*» –con esa «h» autógrafa de don Miguel– suponría retroceder a épocas del mayor atraso cultural, épocas de total sumisión a poderes oscuros y dictatoriales, ubicando a todo el pueblo español bajo el fascismo que empezaba a dominar Europa<sup>13</sup>. Cada uno de estos bandos pretendía acaparar y hacer exclusivo su ideal de la España futura, sin dar ningún tipo de cabida a los contendientes.

La cercanía de la feroz colisión entre *hunos* y *hotros* se advertía cada vez más inminente. Unamuno lo vaticinó en distintos trances y se enfrentó sin paliativos a esta concepción sesgadora que no ofrece más que destrucción y muerte:

Sólo a los menoscabados de conciencia histórica, civil, se les ha podido ocurrir esa estupidez de la Anti-España. Como a los otros, a los motejados de antiespañoles por los sedicentes tradicionalistas, se les ha podido ocurrir el desatino de acabar con lo inacabable<sup>14</sup>.

Por críticas de este tipo, más algunos comentarios cercanos a las tesis de la nueva *Falange Española*, más cuando su nombre apareció en la revista *La Conquistista del Estado*, y –para remachar– su asistencia en febrero de 1935 al mitin de José Antonio Primo de Rivera en el teatro Bretón de Salamanca...; por todo ello, algunos autores de la izquierda republicana situaron a Unamuno –incluso antes del 19 de julio del 36– de la mano del fascismo español. No en vano, algún fascista italiano y muchos falangistas admiraron, con o sin matices, grandes aspectos de la obra de Unamuno, como su defensa de la unidad de España, el Imperio de la lengua, etc.<sup>15</sup>. Pero él rehuyó dolido esta ubicación y no solo repelió expresamente al fascismo –incluso anotó «Dementalidad fajista» (*Resentimiento trágico*, 45)–, sino que despreciaba cualquier tipo de fanatismo, donde incluía cualquier nacionalismo y cualquier tipo de españolismo; ya que, para él, todos los *-ismos* son, en mayor o menor grado, fanáticos.

¿Fanatismo? Sí. El fanatismo que llevaba a presenciar autos de fe y ejecuciones de reos. Fanatismo religioso, pero no de la religión cristiana católica o protestante u otra religión histórica apoyada –como pretexto– en uno u otro credo teológico, no; sino fanatismo de una religión prehistórica, de un culto de sacrificios humanos. Y ahora que aquí, en España, se exagera el culto a la matanza –sin otra ideología–, vienen a ponérselo más en claro los toreros de una y otra banda. Es como en la Roma imperial del circo de los gladiadores. Y que sigan investigando los eruditos tauromáquicos. Hasta que lleguen a los tenebrosos abismos de la afición<sup>16</sup>.

Unamuno creía que solo un planteamiento verdaderamente *alterutal* es la solución o contrapartida a esta progresiva polarización de los dos bandos extremos, la única praxis constructiva capaz de prevalecer entre las discrepancias políticas –manteniéndolas sin eliminarlas–, la única praxis, en fin, capaz de fomentar el auténtico hermanamiento en el alma hispana hasta asentar la genuina dialéctica común entre unos y otros; porque todos y cada uno, aun en contradicción –y gracias a ella–, resultan imprescindibles. Este era su modo de entender la auténtica democracia liberal, sin que los bandos políticos se polaricen ni dejen su ideología distintiva. Una conjunción política, tan edificante para todos, que debe hacer lo imposible por unir la lucha pacífica con el respeto a las múltiples diferencias. Una teoría que, a mi entender, se anticipaba en demasía a la política de su tiempo (y quizás, también, al nuestro).

Reiteraba que España no es, en sí misma: ni fascista ni comunista, ni monárquica ni republicana, ni tradicionalista ni revolucionaria, ni absolutista ni tampoco anarquista...; mas todas estas categorías políticas de alguna forma perduran en ella. No titubeó, en consecuencia, a la hora de oponerse a la intolerancia absolutista del concepto *anti-España*, un vocablo que él mismo trató de resemantizar contra el tradicionalismo afincado en el pasado inmovilista y, al mismo tiempo, contra el fascismo italiano:

La España viva, la de siempre, movida por íntima dialéctica de contradicción, es una anti-España, una España que se enfrenta consigo misma y vuelve sobre sí. Pero al pasado que fue, no al que es, no se vuelve, no se le renueva, no se le procrea, que arqueología no es poesía. A trono desvencijado no se le envencija, no se le faja ni con fajo traducido del italiano<sup>17</sup>.

Por eso, tras la Revolución de Asturias en octubre del 34, rechazó la excluyente disyuntiva: «Hay que decidirse por un bando o por el otro»; una disyuntiva contraria a la genuina política, la del liberalismo político opuesto a la actitud excluyente de los dos bandos. Creo muy acertada, a este respecto, la interpretación de Cerezo Galán: «Se trata de dos a-políticas, esto es de dos soluciones que hacen imposible la convivencia política, que implica tanto unidad como diferencia»<sup>18</sup>.

La *anti-España* no es más que una pobre invención del dualismo simplista quien, con cierta base religiosa, cree que la realidad humana es divisible en dos secciones totalmente independientes e irreductibles entre sí: la del mundo del Bien y la del mundo del Mal, la Luz y la Oscuridad, los ángeles y los demonios... Una lectura demasiado simplista de la filosofía platónica, agustiniana y cartesiana (principales dualismos de la filosofía occidental después de los pitagóricos) muy lejana al sentir dialéctico de Unamuno, quien se mostró en esto mucho más cerca del perspectivismo y la crítica nietzscheana a Platón y a toda la ética cristiana: *cóncavo y convexo, izquierda y derecha, bueno y malo* son aspectos contingentes al punto de vista; son como las dos caras de la misma moneda o las dos vertientes de una misma realidad; ambas resultan imprescindibles o irrenunciables para que, óptica y epistémicamente, cada bando sea lo que es; pues cualquiera de ellos «por íntima dialéctica de contradicción» lleva dentro de sí a su opuesto, al que se enfrenta internamente en continua guerra civil íntima. Y si un bando faltase o menguase, España sería la primera afectada, dejaría en ese mismo instante de ser lo que es, pues, en la *España eterna* de don Miguel, todos y cada uno de los españoles están intrínsecamente coimplicados. Ningún bando puede ser, por ende, eliminado definitivamente. Ese y no otro era el propósito de quienes inventaron el abstracto tópico de la *anti-España*; un tópico que, en añadido, desde un estricto nominalismo, resulta a-tópico, en cuanto vacío de lugar y contenido, pues nadie puede hallar una realidad que se corresponda a esa tal anti-España, salvo en la mente y la voz de quienes la imaginaron:

¿AntiEspaña? –se cuestionaba don Miguel– ¿Qué quiere decir este terminucho forjado por atolondrados? Es la otra cara de España. ¿La otra? La misma,

cóncava o convexa. Hasta los españoles que maldicen de España, la bendicen si lo hacen en español<sup>19</sup>.

La creciente polarización se le presentaba como el peor de los males. El porvenir de los españoles –y no sólo el político– ennegrecía inmensamente por momentos. Un fenómeno que, según Unamuno, carecía de base o, mejor, «se apoya en la más pura ignorancia [sobre qué es el marxismo o qué es el fascismo]». Con esto, cada vez se haría más imposible ejercer la actitud crítico-reflexiva, o sea, la libertad de pensamiento. «Y de tal modo se ponen las cosas, que los que queremos mantener el sentido histórico, que es sentido dialéctico, sentido liberal, prevemos con tristeza que lleguen tiempos en que predominando *uno* u *otro polo* –pues da lo mismo el uno que el otro– de *esta polarización* tengamos que emigrar de nuestra España»<sup>20</sup>. Desde la Revolución de Asturias (octubre de 1934) y aún más desde otoño de 1936, solo vislumbraba en el futuro un régimen de terror por las dos partes, un régimen político tan dogmático como totalitario:

Y preveo que, venzan los unos o los otros, no se podrá hablar y escribir con verdadera libertad [...] Pueden llegar tiempos en que los dementes de un polo o los dementes del otro saquen afuera la honda pasión que les mueve y no es otra que *el odio a la inteligencia*. Odio que le llaman disciplina. Los que presumen de hombres de acción –o de reacción, que es igual– no suelen ser sino dementes resentidos [...] *Comunismo libertario* o *fajismo*, lo mismo da. Con uno o con otro, el que quiera mostrar a luz y a aire libre su pensamiento y su sentimiento íntimo tendrá que emigrar. Porque decir su verdad será ofender a los que manden, sean unos u otros<sup>21</sup>.

#### 4. EL HOMBRE DE CARNE Y SANGRE

Uno de los aspectos que mayor auge filosófico otorgó al autor de *Del sentimiento trágico de la vida y de los pueblos* fue su defensa del yo concreto individual, adelantándose a la filosofía existencialista, al personalismo y a los filósofos postmodernos. Unamuno reprochó a los grandes pensadores modernos, Descartes, Kant y luego Hegel, que prescindiesen del yo íntimo individual, lo más universal que todos tenemos: el yo que vive, se apasiona, sufre y teme por su inmortalidad como individuo, no como genérico espécimen *hombre* o *la humanidad*, sino *mi yo*, en carne y hueso: «Ni lo humano ni la humanidad, ni el adjetivo simple, ni el adjetivo sustantivado, sino el sustantivo concreto: el hombre. El hombre de *carne y hueso*, el que nace, sufre y muere –sobre todo muere–, [...] el hermano, el verdadero hermano» (VII, 109).

Una crítica, a mi entender, que no solo recae sobre el yo pensante, un yo solo conciencia del racionalismo moderno, sino, por extensión, sobre la gnoseología kantiana y al gran sistema lógico especulativo de Hegel:

Lo malo del discurso del método de Descartes no es la duda previa metódica; no es que empezara queriendo dudar de todo, lo cual no es más que un mero artificio; es que quiso empezar prescindiendo de sí mismo, del Descartes, del hombre real, de carne y hueso, del que no quiere morirse, para ser un mero

pensador, esto es, una abstracción. Pero el hombre real volvió y se le metió en la filosofía. (VII, 129)

Ahora bien, en esa defensa del yo está también el reconocimiento de los muchos yos que dialécticamente pugnan por imponerse en cada momento existencial:

Pues bien, ino!, un hombre de una sola pieza no puede ser un hombre entero y verdadero, porque un hombre entero y verdadero se compone de muchas, de infinitas piezas. Un hombre de una sola pieza no es un hombre entero, sino un hombre partido, o mejor un hombre de partido, un pedazo de hombre. (VIII, 1193)

De nuevo, la dialéctica agónica interpersonal: cada uno interactúa y se hace en contradicción con los muchos yos que lleva dentro de sí, y en contradicción con los otros yos que le rodean y que llegan a formar parte de él mismo. De igual suerte, la contradicción entre dos bandos dentro del pueblo o sociedad, como se vio anteriormente. No es extraño, por ende, la invectiva de Unamuno contra el exclusivismo de los *hunos* y los *hotros*, espoleado al ver que ambos bandos exacerbaban el culto a la matanza sin ningún sentido dialéctico. No percibía en ellos ninguna ideología ni otra pretensión que «Exterminar... extirpar... fulminar...» al contrario (*Resentimiento trágico...*, 61). Quizás algo tarde, pero, pocas semanas después del 19 de julio, pudo comprobar cómo media España quería masacrar a la otra media. Él ya no percibía otra aspiración en ambos bandos que la completa extirpación del propio pueblo español, como si pretendieran dar el puntillazo final a su riqueza cultural y la tradición intrahistórica subyacente. Cualquier intercesión humanitaria se había convertido en un imposible. Algo que ya apuntaba en un artículo de 1932:

Tiempos de guerra, sí; pero hay una ley de la guerra y hay justicia dentro de la guerra. Y dentro de la guerra no es humano, es inhumano, querer convertir a los soldados en verdugos. ¡Qué tristes enseñanzas se saca de la historia de nuestras guerras civiles del próximo pasado siglo! ¡Qué horror de represalias! Un pueblo que de un lado y de otro husmeaba sangre. Y que de un lado y de otro sentía inquisición. ¡Dios nos libre del trancazo espiritual!<sup>22</sup>.

La famosa expresión unamuniana en defensa del individuo concreto ya no era *de carne y hueso*, sino *de carne y sangre*. En muchas ocasiones don Miguel se valió de la sangre como imagen descriptiva del horror, ese horror que provoca una acción cruel o inhumana. A guisa de ejemplo, pueden recordarse aquí algunos textos y momentos concretos, más o menos relevantes:

- En un artículo de 1922, Unamuno relacionó *la sangre* de un joven torero muerto en el ruedo con la inútilmente derramada en la batalla de Annual (Marruecos) y con la sangre, derramada o no, tras ejecutar la pena de muerte (aunque se aplique el método del garrote vil). Una fuerte crítica, tanto

al quehacer de Alfonso XIII (con quien se había entrevistado meses antes) como al Ejército y el Gobierno español, y a las masas con proceder irresponsable que acuden a la plaza de toros o a la ejecución de un condenado a muerte:

Y todo se enlaza. El desangre de la mocedad española en Marruecos, el desangre del pobre torero que aún no había entrado en quinta –icasi un menor de edad, un niño!– y el agarrotamiento de los pobres reos de Sabadell y de Lérida [...], todo ello nos pone frente a un pueblo envilecido y encanallado por la frivolidad sanguinaria, frente a un pueblo que vocifera desde el tendido de la plaza de toros, que va a presenciar, si se lo permiten, una ejecución a muerte –y a las veces con merienda– y que devora los relatos de las hazañas de los legionarios<sup>23</sup>.

- De un artículo en torno o posterior al 19 de julio, que no llegó a ser publicado, es el siguiente texto de 1936:

Porque yo, que he acusado a mis compatriotas de haberse vuelto locos, siento que me envuelve su locura, que se me está criando mala sangre. Con un poder de aborrecimiento, de tirria, de rencor, de que no me creía capaz [...] ¡Lo que uno sufre al verse así defraudado! Una vez me escribía Marañón que a las veces se debe ser injusto. ¿Es verdad? ¡Ah no, no! Pero, ¿qué tremenda decepción nos arrastra a la injusticia de juicio? En Hendaya, en 1927, durante mi destierro escribí, en una hora tempestuosa, una desgarradora oración pidiendo a Dios que nos limpiase los riñones para que filtrasen bien nuestra sangre<sup>24</sup>.

- *El resentimiento trágico de la vida* muestra cómo asimiló el error de haber hecho del mundo «mi representación» –evocando su época finisecular de acercamiento y traducción de Schopenhauer–; y el error de haber usado / identificado a todos con sus artificiales personajes de *nivola*; percatándose de que el ser humano concreto *de carne y sangre* no armonizaba en absoluto con su ideal intrahistórico; antes bien, parecía repelerlo de forma ostentosa:

No quería ya salir de casa, a la plaza. Pues ya no me parecían los hombres y mujeres como antes, personajes soñados, *nivolescos*, creaciones mías, sino de carne y sangre –sobre todo de sangre– que irrumpían en la eterna idealidad. (*Resentimiento trágico...*, 39)

- Por último, de la desgarradora carta dirigida al escritor italiano Lorenzo Giusso, un texto que Unamuno escribió consciente de que sería fiscalizado por la censura. Enormemente expresivo y significativo, de manera dura e hiriente, refleja la afección del «me duele España»; pues él sentía cómo su paradigma *España* se extenuaba herido de muerte. Le daba pavor el totalitarismo irracional que estaba impulsando a la juventud; pues –como suele decirse– si en ellos está el porvenir, resultaba espantoso pensar en

el negro futuro de España. «Todos son hunos», aquejados de una brutal *dementalidad*:

Tan salvajes como los *hunos* son los *hotros*, en esta guerra sin cuartel, sin piedad, sin humanidad y sin justicia [...] Y es que lo de España es una enfermedad mental colectiva, una epidemia frenopática, una especie de parálisis general progresiva, y no sin cierta base somática. Es el régimen del terror por las dos partes. España está asustada de sí misma, horrorizada. Ha brotado toda la lepra católica y anticatólica. Aúllan y piden sangre hunos y *hotros*. Y así está mi pobre España, se está desangrando, ensangrentando, arruinando, envenenando y entonteciendo. La deficiencia mental de nuestra juventud totalitaria -giovinezza- es espantosa<sup>25</sup>.

A modo de inciso, creo importante señalar, aquí en estos *Cuadernos*, la obligación de descartar muchos textos/documentos y reconstrucciones de dudosa procedencia como pueden ser:

- La famosa carta (10/08/1936) al amigo socialista belga (creo apócrifa, pues su contenido no es acorde con lo expuesto hasta aquí, ni el último Unamuno firmaba sin su nombre propio, ni él estuvo encarcelado, ni aparece tal carta en la revista *Rex*; más otros motivos ya expuestos)<sup>26</sup>;
- La entrevista de George Sadoul (*L'Humanité*, 9/01/1937);
- López Montera (*La Dépêche de Toulouse*, 12/01/1937);
- Antonio Obregón (*El Domingo*, San Sebastián, 2/01/1938);
- etc., etc.

## 5. CAUSAS DE LA DEGENERACIÓN MENTAL

A los errores en el poder político del bienio republicano-socialista, 1931, le siguieron los de la *CEDA*, 1933, y aumentaron con el *Frente Popular*, 1936. Nada que ver con el turnismo político de la Restauración (últimas décadas del siglo XIX, primeras del XX). Si bien, tampoco la Restauración, en el sentir unamuniano, estuvo en línea con la auténtica dialéctica política. Lo cierto es que, a ojos de Marañón, Ortega y Unamuno, el número de españoles que durante la *II República* iban perdiendo el sano sentido dialéctico se multiplicó alarmantemente; algo que los tres intelectuales denunciaron con *dolor*. Parecía que ninguna política se inspiraba, ni de lejos, en la *alterutalidad* predicada por Unamuno. De ahí, los acres epítetos lanzados como puyas a los *inconcientes* seguidores del fascismo y a los *inconcientes* seguidores del bolchevismo revolucionario: demencia colectiva, resentimiento, falta de fe en lo espiritual, falta de religiosidad...

Los choques revanchistas entre ambas facciones se multiplicaron en muchas ciudades españolas y, más aún, a partir de octubre del 34. Muy afligido don Miguel vaticinó las graves atrocidades que acechaban a modo de cruel *guerra in-civil*. La irresponsabilidad regía en muchos conflictos sociales: la quema de tiendas y archivos, sin saquearlos; la quema de iglesias y conventos, sin ningún provecho material; algunas órdenes ministeriales, torpes y poco prudentes; más las algaradas

callejeras... Todo ello le hizo colegir que era la degeneración mental quien dominaba el país entero. Su país se había convertido en un trágico manicomio.

[Estamos] en temporada de locura colectiva, en que España está hecha un manicomio suelto. Y en que hasta los loqueros han enloquecido al punto de que hablan de «aplantar» a los locos de locura contraria a la suya [...] ¡Trágico manicomio! Trágico manicomio en que se llega a la «dementia tremens» de considerar enemigo público del régimen al que se llama -ise llama!- fascista. Beligerancia de la insensatez<sup>27</sup>.

Pero mucho antes, y poco después de aprobarse la *Constitución de la República*, Unamuno ya se había pronunciado contra las irresponsables posiciones de muchos políticos y jóvenes de uno y otro bando. Daba la impresión de que el pueblo español actuaba obedeciendo a una batuta completamente irracional, cebada con bajas pasiones. Contra las teorías darwinistas, parecía que el pueblo español se deterioraba sobremanera como si estuviese involucionando. Los avances de las últimas décadas en ciencia y tecnología no iban parejos con el avance cultural e intelectual de la juventud española, cada vez más fanática del fútbol, el cine, los coches, los aviones...; y, aún peor, fanática del extremismo político:

En todos estos estallidos populares lo que [me] hace más sufrir es el bajo cimiento ideal -de idea- de casi todos ellos. Y el rebajamiento mental de casi todos los caudillos de las conmociones populares. Parece como si por una trágica ley histórica se llegaran a dirigir, o por lo menos a representar esas conmociones, mentecatos exacerbados, retrasados o deficientes mentales, paranoicos, a las veces cretinos. Es una terrible selección. Diríase que un viento no ya de locura, sino de demencia, de idiotez, está agitando a estos pueblos borrachos de civilización mecánica<sup>28</sup>.

Ya se vio cómo, para Unamuno, la envidia y el resentimiento son motores de la guerra. Igualmente quiso indagar las causas de la gran degeneración mental que, según él, mostraban las atrocidades descritas anteriormente, así como el empobrecimiento y vulgarización cultural de los españoles. De las diferentes causas sondeadas, el resentimiento volvió a resultarle una de las más decisorias. Y en él veía una raíz religiosa o contrarreligiosa. No la religión misma, sino el carácter irracional de la creencia irreflexiva de un rebaño de acólitos, que alimenta la envidia y el odio a muerte del enfrentamiento in-civil:

Ni cabe perseguir a una religión -escribía en mayo del 36- sino en nombre de otra religión. El nacionalismo es *religión*; el bolchevismo es *religión* [...] Ah, es que todo eso mantiene esta salvaje guerra incivil en que por demencia colectiva estamos empeñados, y somos muchos [...] los que empezamos a pensar en serio si estaremos contagiados de la imbecilidad colectiva que aqueja hoy a nuestro pobre pueblo<sup>29</sup>.

Ahora bien, siendo estrictos, la religiosidad de ese resentimiento -como él mismo reconoce- nada tiene de cristiana; más bien, lo contrario: es falta de fe,

falta de verdadera conciencia religiosa, falta de auténtica religiosidad. Entendía que, al perder la fe, se perdía la dignidad, la civilidad y la propia humanidad. Por ello, la guerra del 36 era tan radicalmente distinta de la que él había vivido de niño, la recreada en su primera novela. La del 36 no era más que una guerra de un «pueblo de resentidos», «todos desesperados»; una guerra sin ningún tipo de piedad –ni religiosa ni la otra–; una «Guerra de irreligión»:

Dos mitades de Esp[aña], una queriendo creer y la otra desesperada de no poder creer [...] No son unos españoles contra otros –no hay Anti-España– sino toda España, una, contra sí misma. Suicidio colectivo. Guerra de irreligión. Complejo de inferioridad infantil [...] La experiencia de esta guerra me pone ante dos problemas, el de comprender, repensar, mi propia obra empezando por *Paz en la Guerra* y luego comprender, repensar España. ¿Qué es España? ¿Cuál su fe? (*Resentimiento trágico...*, 39-43)

En las cartas dirigidas a los italianos Lorenzo Giusso –antes citada– y Mari Garelli, Unamuno retomó la denuncia de la frenética «demencia colectiva», esa «degeneración mental» que reinaba en las masas de jóvenes –y no tan jóvenes–, así como en muchos trances y discursos tanto militares como políticos. Ponderaba que la principal causa de ello tenía como raíz la creciente irreligiosidad de los contendientes, quienes de forma salvaje iban a destrozarse a su propia «madre España». Lejos de cualquier lógica y lejos de la piedad cristiana, todo quedaba al arbitrio de bajos instintos, pasiones de resentidos. Era «el estúpido régimen de terror»<sup>30</sup>.

Expresiones similares se hallan en las dos cartas que escribió –diciembre 1936– a su amigo Quintín de Torre: «La lepra espiritual de España, el resentimiento, la envidia, el odio a la inteligencia»; «El problema hondo aquí es el religioso. El pueblo español es un pueblo desesperado que no encuentra su fe propia». Y tampoco oteaba visos de mejora en el pronóstico sobre el porvenir de España; un porvenir en el que apenas había cabida ya para aquellas viejas exaltaciones unamunianas de la riqueza cultural española, el imperio de la lengua o el heroico carácter quijotesco de todo lo español:

Yo dije aquí, y el general Franco me lo tomó y reprodujo, que lo que hay que salvar en España es la civilización occidental cristiana. Lo ratifico. Pero desgraciadamente no se está siempre empleando para ello métodos civilizados, ni occidentales ni menos cristianos. Es decir, ni métodos civiles ni europeos [...] Y por este camino no habrá paz, verdadera paz [...] Entre marxistas y fascistas, entre los *hunos* y los *hotros*, van a dejar a España inválida de espíritu<sup>31</sup>.

## 6. DESENGAÑO POLÍTICO EXISTENCIAL. MINERALIDAD DEL PUEBLO

Salvo en contadas ocasiones, Unamuno apenas mostró indicios de abandonar su inicial concepto mítico del pueblo español, cuya alma irradiaba un talante favorable, silencioso, continuo, donde se atesoran siglos y siglos de la tradición eterna; o sea, la constructiva *intrahistoria* que perdura de modo permanente. Un

concepto que quizás derivó del *Volkgeist* de Herder y Hegel, pero adaptado a la modalidad como leía el joven Unamuno, quien lo explayó en los ensayos finiseculares bajo la rica simbología del biologismo positivista spenceriano.

Lo cierto es que, tanto el concepto de *pueblo* como el de *intrahistoria* persisten en toda la obra de Unamuno, pero como conceptos vivos, dinámicos, o sea, sujetos a importantes cambios, altibajos y rectificaciones. Así, p. ej., el carácter *inconciente* del pueblo intrahistórico (ensayos finiseculares) desapareció a inicios del siglo XX ante el intelectual y rector universitario don Miguel de Unamuno, gran publicista que empezaba a tener peso en la prensa nacional, e incluso en Alemania, Portugal, Francia, Argentina, etc. Mantener ese talante inconciente del pueblo no casaba en absoluto con un intelectual que empezaba a ser coreado y discutido en los selectos círculos universitarios, políticos...; y, menos aún, con un *excitator hispaniae*, que pretendía despertar al pueblo español del letargo civil en que se hallaba sumido.

En 1928 –entre sus agrias críticas a la dictadura de Primo de Rivera– Unamuno hablaba del pueblo como *la mayoría selecta*, y sentía la irreducible necesidad de escribir para *el pueblo* (IX, 1207). Pero antes –mucho antes de que Ortega publicase *La rebelión de las masas*–, Unamuno diferenció entre el *pueblo*, *la masa* y el *individuo*, identificando al *individuo* con lo más universal. Despreció la artificiosa distinción sociológica en *clases* o en *castas*; y puso bien a las claras que a la muchedumbre nunca se le puede otorgar el sentido crítico del intelectual, ni la masa puede tener la *poësis* del genio individual; además, cuando el genio crea no se dirige a la masa, sino a cada ser humano concreto. Desterrado en Fuerteventura –mayo de 1924–, don Miguel lamentaba la falta de apoyo por parte de políticos, periodistas, intelectuales e incluso el pueblo español en general:

¿Cuándo, Dios de mi España, pondrás tasa  
al baldón de tu pueblo envilecido?  
No pueblo, no, sino cobarde masa<sup>32</sup>[...]

Y una semana más tarde, proseguía:

Y ¿Qué vendrá después? Tal la pregunta  
que se hacen en España los borregos  
del rebaño cobarde y luego ciegos  
marchan a paso de cansada yunta<sup>33</sup>.

Sin embargo, tanto en *San Manuel Bueno, mártir* como en los mítines republicanos previos a las elecciones municipales (abril de 1931) y las generales (junio de 1931), y quizás con la ilusión que provocaron en él los aplausos tras su «marcha triunfal» de vuelta a España (*PuU*, 420-422), la visión intrahistórica de un pueblo vivo, comprometido..., reverdecía en él. El pueblo de *San Manuel Bueno* –simbolizado en Valverde de Lucerna– cree, sueña, escolta a su líder como un niño y deviene protagonista principal, similar al sentido personal que definía al pueblo de su primera novela, *Paz en la guerra*, cuando retrataba tanto a un bando como al otro de la contienda; incluso Ángela Carballino parafrasea la famosa

sentencia de san Pablo, al mostrar, en primera persona, su propia intención de perderse en la vida del pueblo: «No vivía yo ya en mí; sino que vivía en mi pueblo y mi pueblo vivía en mí»<sup>34</sup>.

Pero en 1932, tras haber sufrido de cerca la quema de conventos, asesinato de civiles, huelgas y otros desórdenes sociales, la distinción / separación entre *demo* y el *hombre-masa* se vigoriza en él. Su crítica a la labor parlamentaria terminó siendo cada vez más agria. El Parlamento republicano parecía elegido por la masa irresponsable y regido por la *clientela* de los partidos. Y llegó a cuestionar si no habrá «una soberanía más irresponsable que la parlamentaria»:

[Y cuando] el pueblo es masa, la soberanía popular se hace irresponsable y engendra tiranía. Ya no hay república. Que lo característico, lo diferencial del régimen republicano es que sea responsable. Los poderes irresponsables dictatoriales no son republicanos, aunque se llamen así; no son democráticos. El *demo* [*sic*], el pueblo, no es la masa irresponsable. Pues la masa –siempre menor de edad– es hasta en el otro sentido, en el que le dan los médicos alienistas, irresponsable. Y, por otra parte, un Parlamento también puede erigirse en soberano irresponsable. Y no hay acaso soberanía más irresponsable que la parlamentaria<sup>35</sup>.

Su visión mítica del pueblo español se debilitaba poco a poco; parecía difuminarse sin remedio. Aunque, como se verá más adelante, dicha visión / sentimiento nunca desaparecerá del todo en sus apreciaciones. Por de pronto, en noviembre de 1932, se produjo *El Alzamiento de Unamuno* contra el coronel Azaña, como bien refleja su conferencia en el Ateneo de Madrid:

He dicho que me dolía España, y hoy me sigue doliendo. Y me duele, además, su república [...] Los pueblos están siempre con el que manda o contra el que manda. La gran masa ciudadana española ni era monárquica antes ni es ahora republicana [...] No trajimos nosotros la república, sino que fue ésta la que nos trajo a nosotros. En España hubo sólo oposición republicana del propio rey<sup>36</sup>.

Y en 1935, en otra importante conferencia con motivo de la inauguración del *Colegio de España* en París –con escaso eco en España– Unamuno formuló su preferencia: «Individuos y no masas. ¡Hombres!». Al igual que en anteriores ocasiones, repitió que el individuo es lo más universal, pues, en cuanto individuos, todos coincidimos en los problemas y la agonía existencial que cada uno tiene que vivir, gozar y sufrir. Ridiculizó las masas, incluidas las muchedumbres y los acólitos fanáticos de uno u otro partido político, así como las juventudes que actuaban irresponsablemente en grupo y vociferaban consignas sin saber bien a qué daban *Vivas* o *Mueras*. Esta crítica va, según mi apreciación, mucho más allá de la crítica orteguiana al *hombre-masa*. Creo que se amarra mucho mejor –salvando las graves distancias religiosas– con la crítica nietzscheana a la moral de borregos, a la mentalidad de *esclavos* y el consecuente linaje rebañego. Su grito, a lo Diógenes el cínico, buscando verdaderos *Hombres*, es una defensa del genio individual en despecho del hombre masa. Y en su cita de nombres tan famosos

como el Cid, Cisneros, Cortés, Felipe II, Cervantes, don Quijote, Quevedo, incluía la pareja o individuo doble:

Don Quijote y Sancho, lo cóncavo femenino –aun en varón– y lo convexo masculino –aun en mujer–; que se unen para engendrar un mundo espiritual. Porque don Quijote y Sancho son la dualidad, son el diálogo. ¿Sin pueblo, sin masa? El pueblo son ellos. El pueblo cóncavo-convexo. Y en cierta guerra civil que les hace hacerse lo que son [...] Partimos a la conquista del mundo que es ir a ser conquistados por él. A crearnos el imperio ideal y eterno en la tierra y en el tiempo<sup>37</sup>.

En marzo del 36, tras volver de Inglaterra con el doctorado *Honoris Causa* por la Universidad de Oxford, conocido el triunfo del *Frente Popular* en las elecciones generales de febrero, publicó un artículo con un título muy sugerente, «Salud mental del pueblo», donde declaró apesadumbrado:

¡Qué triste tarea la de tener que hablar [...] a un público donde tanto abundan los puntillosos y recelosos y los resentidos! Enfermedades éstas –el puntillo o quisquilla, el recelo y el resentimiento– tan esparcidas por nuestro pueblo español [...] Son enfermedades mentales que me meten miedo. (O. C. v, 1213)

Es bien sabido que el auge de la autocritica –casi inexistente hasta entonces– se dio en Unamuno durante el otoño del 36: *El resentimiento trágico de la vida* recoge sus reprobatorias notas personales sobre todo lo que él leía, sentía, sufría en aquellos fatídicos primeros meses de la Guerra Civil española. Casi seis meses en los que reparó, muy de cerca, en que su anterior visión de la guerra civil y del pueblo español era un sentimiento «cándido e infantil», un sentimiento que distaba mucho de la cruda realidad bélica que padecía, individual y socialmente, en persona. Hay una gran coincidencia entre las *Notas* de este cuadernillo y el contenido de sus últimas cartas, donde reconocía el cruel desengaño: la realidad española –finales de 1936– no era identificable con el modelo forjado o mantenido durante muchos años. «Mi España» quedaba reducida en este preciso momento a un sueño, a un ideal que «no es de este mundo»; pues su ya vieja imagen de España en absoluto se ajustaba con las atrocidades que se cometían *entre hermanos*: «Desesperados de no poder creer, de no acertar a creer en algo. Lenin les dijo que la religión es el opio del pueblo –la religión bolchevista, otro opio– pero ellos sienten necesidad de opio. Y a falta de él, se emborrachan con sangre y con fuego»<sup>38</sup>.

La lucha, por tanto, ni tenía visos de civil ni dejaba opción a ningún tipo de *alterutalidad*; antes al contrario, revelaba tanto el resentimiento de las bajas pasiones, como inhumanas, horrendas, sanguinarias gestas de uno y otro bando, movidos todos por desesperación. La problemática existencial se volvía más trágica que nunca, y las *dudas* sobre sus anteriores *creencias* –tomados ambos términos en sentido orteguiano– ponían en grave crisis todo lo que Unamuno había escrito sobre España, sobre la guerra civil, sobre la religiosidad civil... «¿Qué es España?; ¿cuál, su fe?». Conceptos / sentimientos vitales que parecían hundidos en total desvanecimiento.

Su visión del pueblo español, en suma, había sido rica, viva, dialéctica –con matiz conquistador en sentido cultural–; pero ahora, además de marchitarse, simulaba fenecer al contrastarlo con la demente masa social y los instintos asesinos de muchos españoles de 1936. Su inicial enfoque mítico del pueblo intrahistórico sufrió graves altibajos, sobre todo en época de la *Gran Guerra* tras ser cesado de su rectorado, y en los años 20, cuando fiscalizaba el execrable e inhumano comportamiento de algunas masas que acudían a espectáculos deportivos, al cine, a la plaza de toros. Pero, sin lugar a dudas, el mayor derrumbe del mito –sin llegar nunca a su anulación total– se da tras su cuarto cese del Rectorado en otoño del 36: el pueblo español aparentaba haber perdido su alma, *Allgeist*; ya no se correspondía con aquel concepto vivo, espiritual; ya no aunaba dialécticamente tradición y progreso; ya no era pueblo, sino solo «mineralidad pura». El pueblo, tan elogiado en sus ensayos finiseculares, se había convertido en un gentío repleto de resentimiento, violencia colectiva, «odio a la inteligencia». Y su ideal político de liberalismo *alterutral*, así como la propia patria espiritual, el Imperio de la lengua, el hermanamiento dialéctico de todas las regiones y pueblos de la amplia Hispania... parecían romperse drásticamente ante aquella visión cruel, real, ensangrentada de una España empequeñecida, rota, herida de muerte.

¿Había perdido Unamuno su fe en el pueblo español? Es la impresión que dejan varios de sus escritos de 1935 y 1936: «la decadencia mental del hombre de término medio –en política sobre todo– es hoy en España espantosa»; «estamos enfermos de salvajismo»; «da asco ser hombre»<sup>39</sup>.

Con todo, y pese al turbio poso que dejan las cartas, entrevistas, poesías de sus últimos meses, dando la impresión de una caída casi abismática, aun bajo mínimos, su voluntarismo no le permitía desistir de su modelo utópico. Y ello le encaminó a denunciar la grave situación española desde su pequeña parcela, recluido en su propio domicilio. Era su modo de luchar para que la situación tornase al alza, y su valor *España* lograra salvarse. El descalabro era enorme. Resultaba imposible un ocaso mayor. De ahí, contra toda lógica, el grito vital voluntarista que B. Aragón le atribuyó como últimas palabras: «Dios no puede volverle la espalda a España. España se salvará porque tiene que salvarse»<sup>40</sup>. En todo caso, no serían más que respuesta a lo que él mismo se preguntaba en *El resentimiento*:

«¿Tiene V. [usted] fe en España?» ¿En cuál? ¿en la de los q[u]e gritan «¡arriba España!» los arribistas? «En esa no.» «¿En cuál, pues? ¿en la de usted?» «¿En la mía? La mía se acaba conmigo. Y si la dejo en mi obra tengo fe en ella; como tengo en la de Cervantes»<sup>41</sup>.

Creo que el mensaje no ofrece la mínima duda: nosotros somos parte de él. La obra de Unamuno perdura en nosotros. Y ojalá que esa forma de perdurar su simiente político-filosófica en todos nosotros no solo sea *de pensamiento*, sino también de sentimiento y de *poïesis* o praxis creadora.

## Notas

<sup>1</sup> Cartas al amigo III, artículo publicado en *Ahora* el 24/11/1933. Véase en UNAMUNO, M. de. *Obras Completas*. Madrid: Ed. Escélicer, 1966-1972, tomo VII, p. 1020. En adelante, estas *Obras* in-completas serán citadas solo con el n.º de tomo en romanos y el n.º de página en arábigos. En este caso: VII, 1020.

<sup>2</sup> UNAMUNO, M. de. *El resentimiento trágico de la vida. Notas sobre la revolución y guerra civil españolas*. C. y J-C. Rabaté (eds.). Valencia: Pretextos, 2019, p. 63. Cfr. además: AZAOLA, J. M. de. *Unamuno y sus guerras civiles*. Bilbao: Ed. Laga, 1996, pp. 23-31.

<sup>3</sup> Palabras de agradecimiento al ser nombrado ciudadano de honor de la República (IX, 460). Cfr. además: el artículo de 1933 Paz en la guerra (VIII, 1192-1194).

<sup>4</sup> La ciudad de Henoc, 1933 (VII, 1093). La frase de R. de Alpuente «la guerra es don del Cielo» es muy reiterada por el último Unamuno; cfr.: El estudio de la lengua castellana (Discurso 22/10/1931; IX, 403); «Pan y toros», 1932 (v, 1184); «Tres españoles de trasantafío», 1933 (VII, 1112)...

<sup>5</sup> Cfr. PASCUAL MEZQUITA, E. Unamuno, el nuevo Heráclito del siglo XX. En C. Flórez (coord.): *Tu mano es mi destino. Congreso Internacional M. de Unamuno*. Salamanca: Univ. de Salamanca, 2000, pp. 383-388.

<sup>6</sup> El destino de España y la universalidad de su habla. En PASCUAL MEZQUITA, E. *La política del último Unamuno*. Salamanca: Globalia Ediciones Anthea, 2003, pp. 335-336. En adelante, citaré este libro por *PuU*, con el número de página.

<sup>7</sup> Y después ¿qué? En UNAMUNO, M. *República española y España republicana, 1931-1936*. V. González Martín (ed.). Salamanca: Almar, 1979, p. 338. Las cursivas son mías. En adelante citaré este conjunto de artículos por *REyER*, seguido del número de página; cfr. también, Lanzadera de martillo de agua, 1935 (VII, 1143).

<sup>8</sup> Programa de un cursillo de filosofía social barata, 1935 (*REyER*, 380); cfr. también: El destino de España y la universalidad de su habla (*PuU*, 343); *Resentimiento trágico...*, op. cit., 43-53.

<sup>9</sup> Cfr. PASCUAL MEZQUITA, E. Unamuno y Azaña: dos liberalismos en guerra civil. En *M. de Unamuno. Estudios sobre su obra, IV*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 2009, pp. 275-291. En varias entrevistas, aparece proponiendo el suicidio al presidente de la República -que «siga el ejemplo de Balmaceda», presidente de Chile 40 años atrás-; pero tal propuesta pudo surgir no de Unamuno, sino de la censura militar. Cfr.: Entrevista de Knickerbocker (*PuU*, 394); y Entrevista de J. Tharaud (*PuU*, 407-408).

<sup>10</sup> Cfr. Cacho Viu, V. «La imagen de las dos Españas». *Revista de Occidente*, Madrid, 1985, 48-49, pp. 49-77.

<sup>11</sup> Larra, Mariano José de. El día de difuntos de 1836. En *Obras (2)*. Madrid: Biblioteca de Autores Españoles, Atlas Ediciones, 1960, p. 280.

<sup>12</sup> Cfr. a modo de horma, editoriales y artículos de opinión publicados durante la Segunda República: *La Conquista del Estado*, Madrid; *ABC*, Madrid; *El Debate*, Madrid; *El Pueblo Vasco*, Bilbao; *La Libertad*, Valladolid; *La Gaceta Regional*, Salamanca; etc. De Maeztu, cfr. «La encina y la hiedra», así como «La anti-paetz», de 1935. En *Obra de R. de Maeztu*. Madrid: Ed.

Nacional, 1974, pp. 857-858 y p. 246 respectivamente. El propio Unamuno llegó a tildar al bolchevismo con los epítetos de incivil y anticivil (v, 1140).

<sup>13</sup> Para ampliar esta relación con el fascismo en Europa, véase Thomas, H. *La Guerra Civil Española*. Barcelona: Grijalbo, 1976, pp. 364 y ss.

<sup>14</sup> «Programa de un cursillo Filosofía social barata», 1935 (*REyER*, 380); cfr. también, «Un pecado de san Luis Gonzaga», 1935. En UNAMUNO, M. *Ensueño de una patria. Periodismo republicano*. V. Ouimette (ed.). Valencia: Pretextos, 1984, p. 247.

<sup>15</sup> En 1931, Unamuno rechazó el fascismo en carta a R. Ledesma, director de *La Conquista del Estado*. Semanario político en que se editaron: «Unos minutos con Unamuno», 4/04/1931 (*PuU*, 154); «En defensa de la unidad española», 3/10/1931 (*PuU*, 213-215). Sobre el encuentro de Unamuno con José Antonio y la ridiculización de F. Bravo, Burlata: «Unamuno, el fascismo y el premio Nobel» (*PuU*, 330-333 y 440-443, respectivamente). Cfr. entre otros: GONZÁLEZ MARTÍN, V. «Unamuno y el fascismo» (*REyER*, 40-47); TASENDE, M. ¿Unamuno fascista?, *España Contemporánea*, 2007, 20(2), pp. 49-76.

<sup>16</sup> «Huichilobos y el bisonte de Altamira» (VIII, 983); cfr. también, «Caciquismo, fulanismo y otros “ismos”» (VIII, 1153-1155). En «Mi religión», 1907, dejó claro que no se dejaría encasillar, «soy especie única»; «De lo que huyo, repito, como de la peste, es de que me clasifiquen» (III, 260-262).

<sup>17</sup> Restauración y renovación, 1935 (O. C. III, 1059).

<sup>18</sup> CEREZO GALÁN, P. *Las máscaras de lo trágico. Filosofía y tragedia en Miguel de Unamuno*. Madrid: Trotta, 1996, p. 833. Cfr. además, «Reflexiones actuales» VI, 1934 (*Ensueño de una patria*, op. cit., pp. 213-215).

<sup>19</sup> «El destino de España y universalidad de su habla», conferencia de abril 1935 (*PuU*, 343). Pocos meses antes, al ser nombrado ciudadano de honor de la República, decía: «Profeso que lo que ciertos cuitados han dado en llamar la anti-España es otra cara de la misma España que nos une a todos con nuestras fecundas adversidades mutuas». (IX, 460)

<sup>20</sup> «Y después ¿qué?», 1934 (*REyER*, 340). Las cursivas son mías.

<sup>21</sup> *Ib.* 340-341. Cursivas, mías. Véanse también: «La clase y el fajo», 1932 (v, 1199-1200); «Partido único», 1932 (*REyER*, 170).

<sup>22</sup> «Hay que tomar huelgo» (*REyER*, 196-197).

<sup>23</sup> «Jugar con sangre», editado en *El Mercantil Valenciano* el 16/05/1922. Se conserva en la *Casa-Museo*, sign. CMU 7-302\_2.

<sup>24</sup> «Comentario: en el Torbellino» (*PuU*, 386). De 1928 es su romance «Sangre de orden, sangre de orden». En UNAMUNO, M. *Poesía Completa*, 2. A. Suárez Miramón (ed.). Madrid: Alianza, 1987, p. 410.

<sup>25</sup> Carta a Lorenzo Giusso, escrita el 21/11/1936, pero que no llegó a Nápoles (AZAOLA, 1996: 139). Las cursivas son mías. Similar a este «Todos son hunos» es el final del manifiesto que entregó a Jérôme Tharaud: «Triste cosa sería que al bárbaro, anti-civil e inhumano régimen bolchevístico se quisiera sustituir con un bárbaro, anti-civil e inhumano régimen de

servidumbre totalitaria. Ni lo uno ni lo otro, que en el fondo son lo mismo» (*PuU*, 407).

<sup>26</sup> Para más detalles, cfr. PASCUAL MEZQUITA, E. «Miguel de Unamuno». En J. L. Caballero Bono (coord.): *Visión de España en pensadores españoles de los años treinta*. Salamanca: Univ. Pontificia de Salamanca, 2017, pp. 13-41.

<sup>27</sup> «Trabajadores de toda clase», 1936 (*REyER*, 434). Cursivas, mías. Cfr. además: «Sobre el anarquismo español», 1933 (*REyER*, 277-281); «Reflexiones de psicología de muchedumbre», 1933 (*REyER*, 304); «País de locos. Locura colectiva...», entrevista de F. Morales, 11/03/1936 (*PuU*, 371).

<sup>28</sup> «Sobre la embriaguez seca», 1932 (*Ensueño de una Patria*, op. cit., 101); cfr., además, «Salud mental del pueblo», 1936 (v, 1214).

<sup>29</sup> «Sentido histórico» (*REyER*, 426). Cursiva, mía. En «Sobre el anarquismo español», 1933, dejó escrito que «[detrás de los fascismos y del bolchevismo] hay una raíz no económica, sino de sentimentalidad que se puede llamar religiosa» (*REyER*, 278).

<sup>30</sup> Cartas a L. Giusso y M. Garelli (AZAOLA, 1996: 134-141).

<sup>31</sup> Cartas a Quintín de Torre, 7 y 13 de diciembre. En UNAMUNO, M. *Epistolario Inédito II*. L. Robles (ed.). Madrid: Espasa-Calpe, 1991, pp. 351-352.

<sup>32</sup> *De Fuerteventura a París*, XXVII (*Poesía Completa* 2, p. 287).

<sup>33</sup> *Ib.* 295; cfr., además, «Revolución y reacción», 1931 (*REyER*, 112-115).

<sup>34</sup> Esta identidad persona-pueblo es similar a la de Pachico Zababide y su pueblo (*Paz en la guerra*, II,

300). La declaración de san Pablo también fue muy seguida por la mística castellana que tanto ensalzó don Miguel: «Ya no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí» (Gálatas 2, 20).

<sup>35</sup> «Partido único», 1932 (*REyER*, 170-171). Muy cerca, como se ve, de las tesis de *El miedo a la libertad*, que defenderá E. Bloch una década después; cfr. BLOCH, E. *Escape from freedom*. N. York: Farrar&Rinehart, 1941.

<sup>36</sup> «El momento político de la España de hoy», 28/11/1932 (*PuU*, 287 y ss.); sobre el *Alzamiento de Unamuno*, véase: PASCUAL MEZQUITA, E. (2003) «La auténtica política de Unamuno». En *PuU*, 26-36.

<sup>37</sup> «El destino de España y universalidad de su habla» (*PuU*, 343-344).

<sup>38</sup> Carta a Lorenzo Giusso (AZAOLA, 1996: 140). Unamuno le enseñó un ejemplar de *San Manuel Bueno, mártir* a N. Kazantzakis (Entrevista del 20/10/36; cfr. en *PuU*, 401-403); en la novela se halla el pasaje donde Don Manuel recomienda, contra Marx y Lenin, dar opio al pueblo: «Démosle opio, y que duerma y que sueñe» (II, 1146).

<sup>39</sup> «¿Pasión política?», 1935 (*Ensueño de una Patria*, op. cit., 235); cfr., también de 1935, «Salvajería» (*ib.* 243); y de 1936, *Resentimiento trágico*, 45.

<sup>40</sup> «Conversación con Bartolomé Aragón» (*PuU*, 416).

<sup>41</sup> */Resentimiento trágico*, 67. Anotación posterior al «26 XI 36» [*sic*], escrita probablemente para redactar uno de sus famosos monodialogos, y basado en un diálogo real, que quizás tuvo con Tharaud, o con González Oliveros, o con alguno de los profesores y periodistas que le visitaron...

RESUMEN: A partir de los textos del último Unamuno, se analiza aquí su crítica a la creciente bipolarización y el extremismo político durante la II República Española, tratando de aclarar la distinción unamuniana entre guerra-civil y guerra-incivil; así como las causas de la degeneración mental y religiosa que, según él, delataban la conducta y el resentimiento de muchos jóvenes y los bandos extremos: los *hunos* y los *hotros*. De forma constante, Unamuno propuso el ideal *alterutal* como un modelo –tan utópico como difícil–, imprescindible si quiere lograrse una política auténticamente dialéctica y civil.

*Palabras clave:* guerra-civil; guerra-incivil; bandos políticos; alterutalidad; España; pueblo; II República.

ABSTRACT: From the texts of the last Unamuno, this work analyses his criticism of the increasing bipolarization and political extremism during the Second Spanish Republic; trying to clarify Unamuno's distinction between civil war and un-civil war; as well as the causes of the mental and religious degeneration that, by his saying, were given away by the behavior of many youth groups and extreme political camps: the «Hunos» and the «Hotros». Constantly Unamuno proposed the «alterutral» ideal as a model –as utopian as it is difficult–, essential if it was about to achieve truly dialectical and civil politics.

*Key words:* civil-war; *uncivil-war*; political camp; *alterutalidad*; Spain; the people; II Spanish Republic.

DOI: <https://doi.org/10.14201/ccmu.28057>